

# Capítulo 1 - - La Tierra de los Camminos Rotos

- Capítulo 1 - - La Tierra de los Camminos Rotos

# Capítulo 1 - - La Tierra de los Caminos Rotos

Él sabía que algo había cambiado antes siquiera de darse cuenta de que estaba despertando. El aire ahora era plano y opresivo, perfumado con el aroma de tierra y humedad. Le apretaba como una manta, tan densa que parecía que respirar requería esfuerzo.

Sus brazos y piernas se estremecían, pero no había lugar donde moverlos. Algo había ocurrido, y él permanecía semienterrado, como una piedra antigua hundiéndose en la tierra.

Había estado haciendo algo importante. Podía sentirlo, sentir la presión de una urgencia pasada en su pecho. Pero lo que fuera, parecía demasiado distante para recordar, ya desvaneciéndose.

¿Cuánto tiempo llevaba allí tumbado? Sus ojos no obedecían al intentar abrirlos. Lo intentó de nuevo, pero se pegaban a sus globos oculares. Secos, como si hubieran estado cerrados por demasiado tiempo. Un ojo se deslizó un poco, y con mayor esfuerzo su párpado se levantó hasta que pudo ver. Sobre él no había más que verdes borrosos y difusos. Contraluces sin definición. ¿Por qué no podía distinguir claramente?

Parpadeó una y otra vez, e intentó levantarse. La tierra lo aferraba, sosteniéndolo con fuerza de succión. Se adhería a su piel, desgarrándose al soltarse un brazo, luego el otro.

Se frotó los ojos con las manos y se limpió algo demasiado espeso para ser lágrimas. Algún tipo de sustancia viscosa. El asco le dio un repentino impulso, y se soltó del suelo, intentando desesperadamente limpiar lo que fuera que tuviera en la cara y las manos.

Ahora podía ver, y supo al instante que aquel no era un lugar que reconociera. Nada en absoluto como donde había estado, que era... no podía recordarlo. Pero ahora, todo a su alrededor en todas direcciones eran helechos, tan altos como su cintura. Crecían tan densamente que no dejaban espacio entre ellos. La tierra era llana hasta donde alcanzaba la vista, nada más que columnas de...

No, esas no eran columnas. Eran demasiado grandes para eso. Sus ojos siguieron una hasta encontrarse con el dosel superior, donde vio enormes ramas. No columnas. Árboles. Árboles más altos que la razón, a cientos de pasos de distancia. Imposiblemente altos. Demasiado anchos, excesivamente elevados. Nada podía ser de ese tamaño. Su cabeza giraba solo al mirarlos, intentando comprender su inmensidad.

Sus ojos bajaron de nuevo, y vio un líquido viscoso claro toda alrededor en un charco estrecho, de un pie o dos de ancho, como si hubiera caído y explotado, y eso era su interior. Lo cubría en una

capa de dos pulgadas de espesor, salvo donde ya se lo había limpiado.

Al limpiar la viscosidad que se adhería a su cuerpo y arrojándola lejos, se dio cuenta de que no llevaba nada puesto. Eso tampoco era correcto—debería tener algo encima. Ropa. Esa sustancia viscosa era extraña. Él debería tener ropa. Aunque la palabra resonaba en su mente, cuando intentaba recordar cómo era la ropa, o siquiera qué era, no le llegaba nada. Nada más que la amnesia más negra.

Nada sobre quién era, de dónde venía, o por qué estaba allí. Conocía las palabras; cualquier palabra que deseara recordar acudía a su mente de inmediato. Pero no llegaba ninguna imagen junto a ellas, nada que pudiera decirle qué significaban realmente esas palabras.

Hogar. Un lugar donde vive una persona. ¿Y cómo era? ¿Qué clase de lugar era? Nada.

Comida. Carro. Calle. Gato. Túnica. Mano. Mano que conocía, porque había visto la suya. La única imagen mental que tenía de las manos, aunque, en realidad, solo las había visto de paso. ¿Rostro? Nada. No lo había visto. Era humano y ni siquiera sabía cómo era un humano, ni qué significaba ser uno.

Alfombrar más aglomeraciones de baba de sujeción en sus muslos, se dio cuenta de que su cuerpo no era correcto. Era solo una sensación, no un conocimiento confiable, pero no era el cuerpo que esperaba. Estaba sin vello de cuello a pies, y eso no era correcto. ¿Lo era? Estaba suave y algo pálido, y las proporciones parecían desajustadas.

Un niño. Era un niño, un pequeño ser humano todavía en crecimiento. Progenie humana, no un adulto como debía ser. Un adulto. ¿Verdad? ¿Qué significaba eso exactamente? Podía sentir ese conocimiento justo al borde de su mente, casi fuera de alcance. Cuanto más luchaba por atraparlo, más se escapaba.

Respiró hondo varias veces, intentando forzar a su mente a organizarse y calmarse solo con su voluntad.

"Está bien," dijo en voz alta. El sonido de su voz le desconcertó. No debería ser tan aguda. "Está bien, ¿dónde estoy?"

Decirlo le ayudó a concentrarse. Su mente se aclaró un poco más.

La baba en el suelo ya se estaba evaporando, dejando una tierra limpia a medida que se secaba y desaparecía. La observó partir. También se evaporó de su cabello, soltándolo de su cuello y frente. Pronto su piel quedó completamente seca.

Dio un giro lentamente, mirando con atención en la distancia en busca de cualquier señal de... de algo.

El bosque era impresionante, realmente. Muy, muy arriba, el cielo era todo verde, con patrones de luz y sombra en el denso dosel de hojas. Estaba demasiado alto para que pudiera distinguir su forma, pero captaba cada rayo de luz que atravesaba y no permitía que nada alcanzara el suelo. Ni

un solo rayo de sol en ninguna parte. Solo verdes moteados que ocultaban toda la bóveda celeste. ¿Qué habría allí arriba? ¿Qué animal podría vivir entre esas alturas imposibles?

Y debajo del cielo verde, una vasta soledad de troncos de árboles pálidos y grises. Un espacio más grande de lo que su mente podía abarcar. Y su mente intentó—las vistas arriba y abajo le hacían pensar que debería poder comprender el espacio intermedio, conocerlo y cuantificarlo, pero no podía. Lo hacía sentir como una pequeña partícula insignificante.

Aquí en el suelo, helechos de un verde oscuro cubrían todo, como aguas turbulentas en el mar durante la noche. Se detuvo, preguntándose cómo sería el océano y cómo sabía esa palabra. No tenía idea, pero sabía que los helechos se parecían a uno.

Pero sus pensamientos huían rápidamente cada vez que simplemente miraba a su alrededor. La belleza de todo aquello casi lo abrumaba. ¡Qué majestad, qué serenidad perfecta! No se atrevería a cerrar los ojos para no perderse nada. Tenía que mirar, contemplar los helechos, los árboles y los horizontes que se desvanecían en sombras, hasta que entendiese.

Necesitaba oler el aire pesado, lleno de humedad y tierra húmeda. Sentir la tierra bajo sus dedos, sucia y negra. Debía absorber todo eso.

La preocupación que bordeaba en el margen de su mente se desvaneció ante el silencio majestuoso del bosque. Nada se movía, ni siquiera un susurro. El bosque reposaba en una grandeza inviolable. Sagrado. Escuchó por un momento, oyendo su pulso en los oídos y nada más. Era tan silencioso.

A lo lejos, un pájaro chilló. Se giró para buscarlo, pero no pudo verlo. ¿Sería posible verlo siquiera en un espacio tan vasto? ¿Cómo sería un pájaro?

De todos modos, el sonido primero le alivió, pero eso se convirtió en un temor sutil. El bosque se oscureció un tono más. Potencialmente siniestro. Estaba solo y no reconocía nada, y había seres vivos allí afuera que desconocía.

Estoy solo. Solo, solo... —murmuró, saboreando la palabra. En realidad, ¿habría en absoluto otras personas? Pensó en ello por un momento. Debería haberlas. No sabía quiénes eran, pero alguna parte de él recordaba la sensación de tener a otras personas cerca, en contraste con su ausencia absoluta en ese momento.

Un poco de energía se insinuó en él conforme despertaba más, y sus pensamientos comenzaron a organizarse con mayor claridad. No podía quedarse allí, en esa aturdida inmovilidad, todo el día; así que, ¿qué hacer ahora? Era un niño, lo que significaba que era débil. Necesitaba protección. Seguridad. Refugio. Tendría que proveer de ello él mismo.

También requería comida y agua.

Conocía las palabras, pero cuanto más intentaba evocar recuerdos de qué era la comida, cómo lucía, cómo sabía, menos sabía de ella. Suéltala de vista, temeroso de ahuyentarla para siempre.

Es hora de ponerse en marcha. Extendió un pie, luego tragó el miedo a haberse olvidado de cómo caminar. No, no lo había olvidado. No pienses, simplemente ve.

Se desplazó hacia adelante, relajándose al descubrir que caminar le salía de forma natural. Helechos rozaban su piel mientras atravesaba el aire quieto y pesado. Moverse le permitía oler la humedad, el aroma oscuro de la vegetación en descomposición y la riqueza del suelo bajo sus pies.

Caminar se sentía bien. Su cuerpo recogía energía con cada paso, despertando aún más. Se sentía tan vivo, mucho más que en sus recuerdos. ¡Oh, qué recordaba! Esa idea se deslizaba antes de que pudiera aferrarse a ella.

Bueno, da igual. Sonrió y corrió, el movimiento tan natural como la respiración. Corría tan rápido como podía entre los helechos, esquivando de un lado a otro. La tierra suave y negra era perfecta para correr; no había rocas ni palos en el camino, nada afilado en qué pisar.

Nunca había tenido tanta energía, tanta vitalidad y chispa. Se encontraba lleno de júbilo por estar tan ágil, tan libre. Rió y dió vueltas alrededor de un tronco de árbol. Al final, se sentó cansado, pues tuvo que rodear también las raíces, que eran más altas que él, incluso a cincuenta pasos del tronco.

¡Hey! —gritó subiendo por el tronco del árbol—. ¡Hey, hay alguien arriba?

Por supuesto que no, pero se sintió bien moverse y hacer ruido. ¡No es de extrañar que a los niños les encante jugar! Volvió a gritar, dando un alarido fuerte y atento a los ecos débiles que pudiera captar de los troncos. La mayoría del sonido se lo tragaban los helechos, pero no todos. Su propia voz le regresaba con cada uno.

Gritó con toda su fuerza, luego escuchó para ver cuántos ecos podía contar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...?

Una voz que no era la suya le respondió. Su sangre se heló. ¿Qué fue eso, aquel grito extraño? ¿Qué tan lejos estaba? Trató de contener la respiración y escuchar atentamente.

Volvió a escuchar, más fuerte esta vez. “¿Dónde?” —dijo la voz. Era aguda como la suya, pero inhumana, un gruñido formado por diez chillidos con diferentes tonos. “¿Dónde?”

Sus ojos se movieron con desesperación por la vegetación en busca del origen. Estaba aquí, con él, en algún lugar cerca, lo suficientemente cerca como para escuchar. ¿Dónde estaba—

Vio un movimiento y se lanzó bajo los helechos. Venía en su dirección. ¿Qué había visto? Una cabeza verde sucia, orejas verdes largas y puntiagudas. Algo de su tamaño, pero más grueso y peligroso. ¡Dios en gloria, qué era eso?

“¡¿Dónde?!”, volvió a llamar. “¡Buen chico! ¡Sal afuera!”

La voz clavó picas crueles en su mente. Un miedo profundo, más allá de su control, lo mantenía prisionero. No podía moverse. Apenas podía respirar.

“¡Sal afuera! ¡Buen chico!”

Sea lo que fuera, era peligroso. Percibía en su voz un odio ansioso, crujiente y chillona.

Se dirigía hacia él. Podría encontrarlo. ¿Qué debía hacer?

“Carne, ¿quieres? ¿Quieres? ¡Buen chico! ¡Sal afuera!”

¿Luchar? No, sus brazos estaban débiles. Todo en él era delgado y blando. Ni siquiera sus pies tenían piel endurecida. “Una vez fui fuerte”, pensó, antes de que aquel pequeño fragmento de memoria se desvaneciera. ¿Podría correr? ¿Qué tan rápido era aquella cosa?

El ser dejó de gritar. Con miedo súbito, escuchó cómo se desenvolvía entre los helechos, buscando localizarlo.

Esto era todo. Estaba demasiado cerca. Había esperado demasiado.

Se puso de pie para mirarlo, pero casi retrocedió asustado. Una figura verdosa, repulsiva, como un hombre, con un rostro puntiagudo, inhumano, olfateaba en el aire a solo cinco pasos de distancia. Al verlo, lo fijó con sus ojos rojos, pequeños y hundidos, lleno de una exultación depredadora. Era apenas un poco más bajo que él, pero grueso y musculoso. Sus dedos y pies terminaban en garras amarillas y desgastadas, y largas orejas se proyectaban desde su cabeza, doblándose en la punta.

Chocó un largo y pesado hueso contra el suelo con tal fuerza que el sonido vibró en sus pulmones.

“Buen chico,” susurró, con la cara torciéndose en una amplia sonrisa de dientes afilados, podridos, blancos y amarillos.

Estaba muerto. Su cuerpo se movió antes que su mente pudiera reaccionar. Corrió con toda la fuerza que le quedaba. El pequeño monstruo verde se rió y lo persiguió.